

DEL FASCISMO AL PATERNALISMO: LOS AMERINDIOS VISTOS POR TINTIN

Antonio Pérez

beltranp@arrakis.es

En octubre de este año 2011, un tsunami de mierda inundará el mundo: la *Tintin-manía*. La engendrará el director de cine Steven Spielberg cuando estrene su última basura, la película *Tintin, el secreto del unicornio*. Los síntomas de este grave atentado contra la moral, la razón y la Historia serán la infantilización de las audiencias, el retroceso en el conocimiento de los indígenas del mundo y la entronización definitiva de Tintin y sus cómplices, unos héroes culturales nacidos del fascismo a cuya derrota militar sobrevivieron (apenas) disfrazados de aventureros paternalistas.

Por su parte, Spielberg también ha evolucionado y no precisamente a mejor: comenzó burlándose de la paranoia consustancial a la cultura gringa -un alarde técnico su película sobre el camión asesino- y continuó su carrera estimulando esa misma paranoia mediante alardes propagandísticos a cual más facilón y, por ende, más rentable. Como sionista convicto y confeso, destila odio-al-moro (véase la inacabable serie de Indiana Jones) y como funcionario de ese apéndice del Pentágono llamado 'Hollywood', destila militarismo bajo disfraz humanitario (ahórrense tan burdo artificio las futuras víctimas de los soldados Ryan).

Lo instructivo del inminente tsunami radica en que un industrial sionista se ha decantado por lucrarse glorificando a un héroe nazi. Money is money... y no huele. Los extremos se tocan porque -y aquí está la enseñanza de este caso-, ambos han mutado. Se han despojado de algunos ornamentos obsoletos pero conservan su esencia, aquella que antes era el Líder Absoluto y ahora es el Dinero Universal -¿un gran cambio?-

En las siguientes líneas analizaremos este fenómeno desde el observatorio de los amerindios, la mejor de las atalayas posibles cuando se quiere evaluar la raíz, el disimulo y la perseverancia de la proverbial prepotencia de Occidente.

Detalles preliminares

Los mitos de la timidez y de la documentación. El fabricante de Tintin, el belga Hergé, tiene fama de haber sido un humilde e infatigable trabajador que se documentaba 'exhaustivamente'. En primer lugar, hay que advertir que Hergé no era ningún eremita sino, al comienzo, el capataz de un equipo de decenas de personas y, una vez famoso, el presidente de una transnacional. No fue un forzado de la pluma sino un tiburón de las finanzas mundiales. Conviene afirmarlo porque, en la derrota, los nazis y los integristas religiosos se camuflan como humildes penitentes solitarios.

En segundo lugar, basta ojear sus álbumes para darse cuenta de que la ambientación de sus historietas es un pastiche de lugares comunes al alcance del documentalista más abúlico y menos escrupuloso. ¿Se podía esperar algún rigor o alguna verosimilitud de un propagandista ultracatólico que, como veremos más adelante, era el protegido de un cura nazi? **(1)**

Un solo ejemplo de la exactitud y fidelidad de sus reconstrucciones: en *La oreja rota*, aparecen dos supuestos pueblos indígenas amazónicos, los "Arumbaya" y los "Bíbaros". Éstos últimos visten reducen cabezas como hacían los Jíbaro reales pero visten túnicas como las *cushmas* que, en efecto, visten los indígenas de la Amazonía Central Peruana -un lugar muy lejano del territorio jíbaro-. Además, adoran a un rudimentario tótem desconocido en toda la Amazonía.

En cuanto a la escenografía de los Arumbaya, vecinos selváticos de los Bíbaros-Jíbaro, nos resulta igualmente inverosímil. Más aún, la estatuilla que les fue robada por una expedición dizque científica -este sí, un detalle más que verosímil-, está copiada de una pieza almacenada en un museo de Bruselas pero de amazónica no tiene nada pues pertenece a la cultura Chimú (Perú). A su frivolidad como documentalista, une Hergé su desprecio por la obra indígena pues la moteja de "fetiche", una manera grosera de acusar de idólatras a los Arumbaya o, dicho de

otra forma, de suplantar su espiritualidad por una superstición fetichista –nunca mejor dicho–.

Pero es que, además de arbitrario, Hergé demuestra su provincianismo cuando utiliza el dialecto de sus vecinos, el *Marollien* (de Marolles, barrio de Bruselas), para venderlo como el supuesto lenguaje de los Arumbaya. Así, esos indígenas amazónicos discuten sobre *karah bistoup* (carabistouilles, localismo bruselense, = minucias, pamplinas) o, frecuentemente, están *kwout* (= enojados).

La ausencia de mujeres. Castafiore y las otras trece mujeres que aparecen en Tintin **(2)** son siempre personajillos retratados como risibles cuando no despreciables. Son tontas, pobres e ignorantes pero, sobre todo, son perversas. De ahí que, metiéndose por ociosidad en un tema irrelevante, algunos hayan deducido que Tintin-Hergé es homosexual, conclusión que robustecen aduciendo las vivencias de un Hergé adolescente dominado por el cura Wallez y por el caudillo Degrelle –hablaremos en breve de estos asesinos–. A nuestro juicio, es una conclusión apresurada porque no hay una única e ineluctable relación causal entre todos esos hechos. Vayamos a lo seguro y dejémoslo en que Hergé fue un acomplejado ante las féminas y, desde luego, un misógino.

El apoliticismo. Como corresponde a la verborrea usada por los nazis cuando están de retirada, Hergé presume de apoliticismo variante apartidismo: “no soy ni de derechas ni de izquierdas”. Sin embargo, obviando los catecismos católicos, su principal lectura juvenil fue *Le Crapouillot* (= el mortero de trinchera; 1915-1996, LC), una típica revista ‘de trinchera’ –es decir, censurada hasta la saciedad–. Pero LC no fue un rudimentario panfleto dirigido a narcotizar a los soldados antes de mandarles a la muerte sino que disfrazó sus aviesas intenciones bajo guisa de revista de vanguardia, ridícula pretensión que mantuvo incluso cuando fue absorbida por *Minute*, vocero de la ultraderecha francesa.

Poco interés merecería nombrar a una lectura juvenil si no fuera porque la pretendida modernidad de LC pone de relieve el problema de la atracción que sufren muchos pseudo-izquierdistas por las innovaciones meramente formales. Basta un poco de extravagancia y un mucho de lenguaje explosivo para que esos incautos no vean el fondo nazi de revistas como fue LC. Hergé debió aprender en este panfleto cómo disimular su nazismo de manera que, hasta el día de hoy, públicos humanitarios siguen cayendo en la trampa de la neutralidad y la universalidad de Tintin.

Anton Zischka (1904-1997), un periodista austríaco que tuvo mucha influencia sobre Hergé, personifica las características de ese mundillo pantanoso de entreguerras en el que chapoteaban pillos, autonombrados vanguardistas, ingenuos y ‘apolíticos’ de toda condición. Zischka estuvo decididamente al servicio de la propaganda nazi (incluso fue militante del partido nacional-socialista), pero lo hizo desde una posición tecnocrática. Ese disfraz, sumado a su enorme fama, le granjearon tanto su influencia sobre los nazis más o menos vergonzantes como el perdón de los vencedores de la II Guerra de manera que pudo exiliarse en la España franquista donde murió como un respetabilísimo anciano –suponemos que rodeado de Tintines varios–.

Una nota sobre las ediciones: los Tintin anteriores a la derrota del Eje están ahora mezclados con los fabricados en años posteriores pero los que ahora circulan –por millones– no son los originales. Alguno incluso ha desaparecido de la circulación, como le ocurrió durante décadas al primero de la serie, *Tintin en el país de los soviets* (1930). En los actuales hay infinitas correcciones y omisiones. Por ejemplo, se han eliminado muchos personajes judíos (antes denigrados, especialmente en *La estrella misteriosa*, 1942) y también negros: véase cómo en *El cangrejo de las pinzas de oro* (1941) un negro torturado y otro negro que tortura a Haddock han sido sustituidos por rufianes blancos **(3)**

Una vez aclarados estos extremos, pasemos a exponer el racismo de Tintin. Para ello, podemos seguir el método *ad hominem* –observar la biografía de Hergé– o el método *textual* – leer críticamente a Tintin olvidándonos de quién lo perpetró–. Seguiremos ambos caminos y comprobaremos que se refuerzan mutuamente y que

terminan convergiendo.

Hergé y sus padres

Hergé nació y murió boy-scout; sirva este hecho como prueba de la intrínseca peligrosidad de educar según encuadramientos militares. Quemó su existencia adorando la parafernalia cuartelera. Sus sargentos vitales fueron dos: un cura belicista hasta el tuétano y un aventurero no menos ansioso de sangre –ajena-.

El cura. Norbert Wallez (1882-1952), fue un genocida recalcitrante y reincidente al que podemos llamar ‘padre de Tintin’ puesto que fue él quien ordenó a Hergé que trabajara el perfil de un aguerrido adolescente con vistas a convertirlo en un arquetipo fascista que viviría “pericolosamente” -como exigía Mussolini, el ídolo político de este hechicero ultracatólico-. Pero Wallez no sólo fue el padre de Tintin sino también el padre de Hergé. Su hijo putativo le demostró eterna devoción hasta el punto de, una vez derrotado el Eje, mantuvo a un Wallez que había penado en la cárcel una ínfima parte de sus desmanes nazis y hasta lo alojó en su propia casa hasta que se lo llevó el diablo.

El nazi. Si Wallez fue el sargento espiritual de Hergé, el también belga Léon Degrelle (1906-1994) fue su sargento civil. Degrelle fue el modelo de juventud y de madurez de Hergé; como fiel discípulo, lo demostró colaborando con semejante maleante en infinidad de conspiraciones y publicaciones todas ellas a cual más nazi. Degrelle es un típico caso de “aventurero con ideales” –es decir, de avaro irresponsable-. En su juventud, combatió al lado de *los cristeros* en la guerra que asoló México (1926-1929) y que, no contentos con asesinar al presidente Obregón, desataron estos talibanes católicos. A su regreso a Bélgica, lideró el partido *rexista* (por Cristo Rey) llegando a aglutinar al 20% de los votantes belgas alrededor de las banderas nazis. Cuando Hitler invadió Bélgica, Degrelle fundó la *Legión Valona*, una tropa auxiliar del ejército alemán. Siempre fue un admirador de Hitler orgulloso de que el Führer le asegurara un día: “eres el hijo que yo hubiera querido tener” –o algo así dicen que dijo-.

Degrelle publicó en 1992 un panfleto durante su exilio en la España franquista y ¿democrática? donde demostraba con profusión documental y fotográfica la íntima amistad que le unía con Hergé y, por consiguiente, las raíces nazis de Tintin (ver nota 3). Llega a vanagloriarse de que Tintin está hecho a su imagen y semejanza – un aserto descabellado para unos y plausible para otros-. Entre otras curiosidades, Degrelle demuestra que el tupé y los pantalones de golf de Tintin son copia de los que él mismo llevaba. Menos egocéntrico pero más definitivo es que el perrito Milou resulte ser copia exacta del fox terrier con el que Hitler se fotografió en la I Guerra Mundial –y Degrelle nos lo prueba con fotos muy convincentes-.

El Verdugo Menguado. Bélgica es ocupada por Hitler; el *Vingtième Siècle*, la revista integrista y belicista en la que Tintin nació y creció, deja de publicarse y Tintin entra con todos los honores en el diario *Le Soir*. De unos pocos miles de fanáticos religiosos, sus lectores pasan a ser cientos de miles. Por activa y por pasiva, Hergé agradece a sus nuevos correligionarios, los ocupantes nazis, este tremendo salto en popularidad. En efecto, el colaboracionismo belga y la propaganda nazi han lanzado a Tintin a la fama mundial.

Subrayemos que, al terminar la II Guerra Mundial, Hergé pagó muy poco por sus tropelías como nazi belga. Fue procesado pero no por delitos de opinión sino porque su nazismo activo, demostrado antes y durante la Guerra, causó innumerables víctimas. No olvidemos que colaboracionismo fue sinónimo de delación, deportación a campos de exterminio, fusilamiento, tortura, cárcel, saqueo, prepotencia, etc. Menos aún minimizemos el papel que desempeñaron en el estallido y en la crueldad de la II Guerra Mundial cristianísimos genocidas como Wallez y como su monaguillo Degrelle –y, más aún, como los cardenales para los que trabajaban-.

Ante semejante biografía, hasta el más prudente de los críticos podría asegurar que un psicótico como Hergé sólo podía pergeñar historietas nazis. Sin embargo, como abundan los artistas bipolares que crean a la izquierda y votan a la derecha (y viceversa), bueno será que añadamos una breve aproximación al texto tintinesco.

Tintin, en Indoamérica

Los amerindios aparecen en cinco historietas de Tintin aunque nunca como sujetos principales **(4)** En general, son mejor tratados que negros y judíos y, por supuesto, mucho mejor que los chinos comunistas. Sin embargo, estudiando la serie completa -negros africanos incluidos-, se hace evidente que Tintin evoluciona de un racismo militante a un paternalismo vergonzante. ¿El punto de inflexión?: evidentemente, la derrota de Hitler-Degrelle (1945).

Es bien sabido que la serie comienza con un libelo furiosamente anticomunista (*Tintin en el país de los soviets*, 1929-1930) para continuar con *Tintin en el Congo* (1930; primera "revisión", 1946), una defensa a ultranza del genocidio que sus compatriotas belgas habían cometido pocos años atrás contra el pueblo congoleño -en diez años exterminaron a nueve millones de personas, casi la mitad de la población- **(5)** El fascismo-catolicismo estaba ganando y Hergé ofrecía su verdadero talante: el de un racista que, por negros y por perdedoras, se burlaba de las víctimas sin asomo de la tan cacareada piedad cristiana.

Inmediatamente después de su aventura africana, Tintin se desplaza a los EEUU donde, por magia hemisférica o por necesidades del nazismo rampante, deja de lado su congénito racismo. De esta manera, en el álbum *Tintin en América* (1931-1932) Hergé retrata unos EEUU corrompidos y en manos de los gánsteres y de los plutócratas. Tintin llega a decir en una viñeta que el petróleo que él mismo acaba de descubrir pertenece a la "tribu" de los 'Orejas Atadas' -'Pies Negros' en otras versiones-, pero tan insólita preocupación por los derechos de los indígenas no le viene dictada por ningún indigenismo sino por odio nazi a la (supuesta) democracia gringa, por pura propaganda anti-americana.

En realidad, de los amerindios de carne y hueso, Hergé sólo vislumbró a algunos "sioux" (¿) de Dakota del Sur en uno de sus rápidos viajes a los EEUU durante la posguerra. No entendió nada porque, para este colonialista infantiloides, de los "pieles rojas" sólo se podían aprender las señales de humo. Siempre fue un boy-scout, gente peligrosa cuando accede a las armas o a los consejos de administración.

Volviendo a Indoamérica en general, la primera aproximación al paternalismo de Hergé la encontramos en uno de los rasgos tintinescos que más risas flojas desatan en sus lectores: los insultos del "capitán Haddock" **(6)** Bien es verdad que los endilga a tios y troyanos pero no deja de ser siniestro que emplee etnónimos como insulto (de 'apache' a 'zapoteco' y 'zulú') Así, perdonando esas ofensas como si fueran meras extravagancias, se les inculca a los incautos el virus del fanatismo. La segunda aproximación la encontramos en los tres álbumes publicados después de 1945. Si en los dos primeros álbumes, los amerindios del Norte y del Sur, eran gente *sólo* supersticiosa aunque siempre dispuesta a matar a Tintin e incluso a sacarle el corazón a su perrito, en los álbumes fabricados en 'democracia europea' los amerindios siguen aferrados a su costumbre homicida pero sin llevarla a cabo porque, en sus filas, ya tienen hombres que son racionales y lo son porque saben escapar a la opresora tradición indígena. En una palabra, porque se han convertido en *personas modernas*.

En la primera fase, los amerindios eran niños más malos que traviesos. En la segunda, son adolescentes turbulentos pero con una minoría ilustrada; es ésta minoría la que siembra en el lector la esperanza de que, con la (supuestamente necesaria) llegada de la modernidad, los amerindios terminarán siendo "buenos salvajes". A nadie se le escapa que Tintin corre a pasos agigantados hacia un mito del siglo XIX; claro está que, partiendo del nazismo camino del paternalismo, su evolución tiene que ser necesariamente lenta y anacrónica.

El patrimonio indígena. En la segunda mitad del siglo XX y en el marco general del indigenismo contemporáneo, Occidente comenzó a tener en cuenta la cuestión del patrimonio amerindio, un tema en el que, al menos desde la óptica legalista, se han llegado a afinar instrumentos jurisprudenciales para defender el copyright de los pueblos indígenas. Un par de anécdotas tintinescas nos ilustrarán sobre la posición

que Hergé mantuvo a este respecto:

1. En las últimas viñetas de *La oreja rota*, Tintin mantiene un inverosímil diálogo con el propietario legal de la estatuilla arumbaya, el buen (i) millonario "dr. Goldwood":

"-Ante todo ha de saber que este fetiche era robado –le dice Tintin-, Sí, ya sé que usted lo ha comprado; y estoy convencido de que el vendedor también lo ha hecho de buena fe, pero...

-Si es así, -responde el incauto millonario- no quiero quedarme con él ni un minuto más"

En otras palabras, Tintin justifica el saqueo al garantizar la buena fe de los compradores de 'antigüedades', una conjetura imperialista cuya más reciente teorización ha sido elaborada por Ashton Hawkins, ilustre jurista que aprovechó la invasión de Irak (2003) para convertirse en el principal blanqueador del saqueo del patrimonio mesopotámico.

2. *Chiquito*, uno de los últimos "Incas" (*Las siete bolas de cristal, El templo del Sol*), deshace el hechizo que torturaba a distancia a los (supuestos) científicos (auténticos) saqueadores del patrimonio histórico de los pueblos del Tawantinsuyu. Tan caritativa acción es interpretable de tres modos: a) los amerindios perdonan los saqueos porque ya no quieren estar maniatados por la tradición –la conocida teoría de la modernidad redentora-; b) los amerindios perdonan los saqueos porque temen al Hombre Blanco; c) los perdonan porque saben que su patrimonio estará mejor conservado en los museos occidentales o teoría llamada "retencionista" – Occidente debe *retener* su botín- con aquel mismo Hawkins como su más preclaro adalid.

Sea como fuere, la moraleja es que los amerindios no respetan su pasado. ¿Porqué tan extraña actitud? Evidentemente porque son "como niños". Habiendo purgado sus travesuras infantiles gracias a la penitencia de la modernidad, es necesario que Occidente prosiga la educación de estos adolescentes. Gran tarea para un Padre Occidente históricamente misericordioso que, en pago a su ingente pedagogía, ahora se conforma con una minúscula remuneración *retencionista*.

Conclusión

Por lo que atañe a Tintin, el caso Tintin-Spielberg nos enseña algo más que la capitulación de la moral occidental ante el adoctrinamiento autoritario y/o su embotada sensibilidad contra el racismo y el paternalismo. Y, por lo que atañe a Spielberg, nos enseña algo más que la sumisión del ex artista a la empresa de la cretinización universal por la vía del espectáculo industrializado.

Este caso, nos enseña que la serpiente nazi ha mudado de piel. En términos generales, ha sustituido las escamas antisemitas por las anti-islámicas (**7**), las mismas escamas que siempre vistió la serpiente sionista: perfecta confluencia la de Odín y Yavé, Thor y Gabriel. Ahora bien, las escamas son muy llamativas pero no pasan de ser ornamentales, quizá venenosas pero siempre accesorias. Hay algo más profundo –el Dinero- y la convergencia Hergé-Spielberg nos lo puede mostrar.

Uno de los rasgos definitorios del fascismo es su capacidad de adaptación al Poder y Hergé, como fascista nato, es buena muestra de ello: mientras Hitler alcanzaba su apogeo en la paz y mientras estuvo ganando la II Guerra Mundial, Tintin siguió fiel a sus orígenes ultra-católicos y Hergé le erigió en ejemplo de joven integralmente fascista y racista. Pero, cuando el Eje fue derrotado y, Tintin renació como joven seudo-indigenista, totalmente paternalista e incluso algo ecologista.

Pero el Hergé 'artista' fue un nazi-masa, no un nazi-líder. En la obediencia ciega encontró la razón de su (miserable) existencia. En sus años infantiles, obedeció al monitor de los boy-scouts; en su juventud, obedeció al cura Wallez y, cuando el nazismo europeo ascendió al Poder, Hergé obedeció al genocida Degrelle. Pero, cuando los suyos fueron derrotados, Hergé se recicló como obsequioso dibujante políticamente correcto hasta alcanzar su plena liberación como presidente de una transnacional.

Es paradójico que, en el siglo XXI, nadie recuerda las enseñanzas de los líderes

nazis que encandilaron a Hergé –en primer lugar a Degrelle-; sin embargo, el nazismo en versión paternalista propalado por el segundo Hergé a través de su alter-ego Tintin, sigue causando estragos mayúsculos, muy probablemente gracias a sus habilidades como cobra real de la industria antes llamada 'cultural' –hoy, 'entretenimiento'–.

A nuestro leal saber y entender, esta faceta de extrema adaptabilidad es la que ha encandilado a Spielberg –otra cobra real- pues no olvidemos que la Corporación IG Hollywood, como buena IG Farben –la fábrica de Auschwitz-, es un modelo estructural y energéticamente limitado por su exagerada voracidad de una única materia prima. Hollywood necesitaba renovar su repertorio y para ello no ha dudado en recurrir a los restos del nazismo. La empresa IG Spielberg necesitaba un tema que pudiera convertirse en serie -veremos Tintin II, Tintin III...- y no encontró nada mejor que apurar el botín de los vencedores del año 1945. Spielberg no sólo salvó a los judíos de Schindler y al soldado Ryan: convirtiéndolos en Tintin, los ha vuelto inmortales.

Tintin-Ryan con medalla del Congreso y Cruz de Hierro, Torah y Mein Kampf, tupé rubio y perrito para ladrar a los indios, es la superación del enfrentamiento fratricida entre nazis y supuestos demócratas. La II Guerra Mundial ha terminado definitivamente y ambos beligerantes se aprestan a unir fuerzas para extraer al Planeta hasta la última neurona de su seso, el último minuto de su vida y el último dólar de su bolsillo. ¡Nazismo y sionismo unidos, jamás serán vencidos!

NOTAS

(1) Sus fuentes reconocidas son: Charles Wiener, *Pérou et Bolivie*, (1880; el relato de un comprador de arqueologías, uno más de los muchos predecesores de ese 'descubrimiento' del Machu Picchu del que este año algunos descerebrados festejan el centenario del saqueo perpetrado por la universidad de Yale); Gaston Leroux, *L'épouse du soleil*, (novela, 1912; un folletón por entregas anticuado de nacimiento), el ubicuo *National Geographic*, catálogos de mueblerías, guías turísticas, etc. En suma, material de desecho.

(2) Boullu, Clairmont, Ernestine, Irma, Lajot, Lerouge, Martine, Miarka, Peggy, Pinson, Pirotte, Snowball y Yamilah –apellidos propios o de los respectivos maridos-.

(3) Tantas son las enmiendas que el Tintin de hoy se ha convertido, en aras de la corrección política, en un palimpsesto. Para ojear las más groseras eliminaciones de su pasado ultracatólico y nazi, léase con pinzas y pañuelo el libro de Léon Degrelle, *Tintin, mon copain* (disponible en <https://www.humyo.com/FSgXWzm/BIBLIOTHEQUE/TINTIN/?a=msFWygP1SO4>)

(4) Los álbumes son: *Tintin en América* (1931-1932), *La oreja rota* (1935-1938), *Las siete bolas de cristal* (1943-1944 y 1948), *El templo del Sol* (1949) y *Tintin y los Pícaros* (1975-1976) En cuanto a los personajes indígenas americanos, ascienden a once, incluyendo a vivos, muertos y míticos: Bikoulou, Bisonte flemático (EEUU), Caraco, Chiquito (también Inca Rupac Huaco), Huascar, el Inca, Kaloma, Lopez (mestizo), Pato ronco (EEUU), Rascar Capac y Zorrino.

(5) Este álbum es tan abiertamente racista que, pese a las innumerables edulcoraciones que ha disfrutado desde 1945, sigue siendo una monstruosidad. Con razón fue denunciado en 2007 por el congoleño-belga Bienvenu Mbutu Mondondo. Hasta la fecha, todavía no sabemos cómo finalizará la querrela interpuesta pero, vistos los intereses económico-políticos en juego, es probable que todo termine con una reprimenda sin consecuencias reales. En cualquier caso, lo dejamos así puesto que estas notas se limitan a los indígenas americanos dejando para otra ocasión a los de otros continentes.

(6) Los insultos étnicos son catorce: apache, azteca, beduino, beduino interplanetario, cafre, canaca, gitano, inca de carnaval, indio, papú, patagón, piel roja, zapoteco y zulú –5% sobre un total de 268-.

(7) Si limitamos el Islam a lo árabe –un reduccionismo muy del gusto occidental-, esta nueva fobia sigue siendo antisemita pues los árabes también son semitas.

Todo ello es una ridícula banalidad, a saber, que el imaginario occidental sigue prisionero de un léxico bíblico que sería mera curiosidad sino fuera porque clasifica a toda la Humanidad en tres ramas descendientes de Sem, Cam y Jafet, los hijos de Noé. Pero ahora resulta que la inmensa mayoría de la Humanidad sólo podría ser hija de Jafet por lo que la clasificación bíblica se desmorona no solamente por arcaica y caprichosa sino también por anti-biológica y anti-demográfica.